

## XIV.

Léjos de suavizar la opresion del bailfo Gessler los rumores persistentes que se alzaban de los lugares y aldeas esparcidos por la montaña, la irritaron y subieron de punto. Y como se propuso refrenar por medios violentos los primeros síntomas de rebelion que ya se advertian hasta en el rostro de los campesinos, inventó delitos que le proporcionarían culpados. Fué uno de los más eficaces que se antojaron á su fantasia el de mandar poner en la plaza del pueblo de Altorf en la punta de un palo clavado en el suelo su sombrero con la corona de Austria en la copa, previniendo á todos los vecinos de la comarea que cuando pasaran por allí se descubriesen para demostrar respeto á la persona del Gobernador, bajo apercibimiento que de no hacerlo así serian tratados como rebeldes. Pero si la inmensa mayoría se prestó á tan desaforado capricho del tirano en fuerza de temerlo, uno fué osado á resistir, siendo este Guillermo Tell, hombre de humilde condicion y que así ganaba el sustento necesario á su familia cazando gamos en la montaña como pescando en el lago vecino.

Ninguno sabía más de Guillermo Tell hasta el momento que se negó á saludar al sombrero del bailfo sino que su intrepidez y pericia eran muy grandes, dirigiendo una barca en las mayores tempestades del lago, y que, arco en mano, aventajaba con exceso á los más renombrados ballesteros. En cuanto á opiniones politicas, tan extraño lo suponian todos á las corrientes que agitaban al país, que ni siquiera pensó ninguno en darle cita para el Grutli, rebe-

lándose, pues, de su propio movimiento, sin ser excitado por nadie, y cediendo sólo á los impulsos de su corazon y á la inspiracion de su conciencia, por que descubrirse y reverenciar un objeto material del propio modo que una imágen ó simbolo cristiano le pareció no sólo indigno sino pecaminoso en el verdadero cristiano. Detuviéronlo los guardias, y despues de haberlo desarmado lo ataron con fuertes cordeles al mismo palo que sostenia el sombrero; regocijándose al saberlo el bailfo, pues por tal modo se lograba su deseo de castigar á la clase de las gentes del campo en la persona de uno de sus individuos más caracterizados, y acudiendo presuroso seguido de numerosa escolta y familiares al lugar del suceso.

Mas al llegar aquí se oscurece la historia de Suiza y se confunde con tradiciones y consejas numerosas y vagas, quedando á cargo de la poesía, único genio capaz de inmortalizar las grandes y primitivas escenas del génesis de los pueblos libres, la mision de referir el suceso. Hé aquí, pues, ahora cómo relata, condensando en sus palabras los recuerdos de los Alpes, el episodio sencillo y terrible de Guillermo Tell y el tirano el gran poeta de Alemania y Suiza.

## XV.

Pasa la escena en una hermosa pradera y á la entrada del pueblo de Altorf. En medio se ve la percha coronada del sombrero de Gessler, cuyos archeros le dan guardia; el pueblo consternado forma grupos á mucha distancia, y la dilatada cadena de los Alpes del Bannberg se divisa en último término,

destacando sus crestas nevadas sobre la tersa superficie azul del cielo, que parece protestar con su pureza y serenidad, en nombre de la naturaleza, de la tiranía que oprime y sujeta en esclavitud á los séres humanos. Los soldados hablan en voz baja, diciendo:

(FRIESSHARDT Y LEUTHOLDO, de guardia.)

FRIESSHARDT.

En vano es que aguardemos, porque nadie pasará por tal de no saludar al sombrero del baillo. Y, sin embargo, habia tanta gente hace poco, que parecia una feria la pradera; pero ver el sombrero aquí y alejarse todos, fué obra de un momento.

LEUTHOLDO.

Verdad, pues no pasan por aquí sino mendigos, miéntras los bien acomodados prefieren hacer un gran rodeo á descubrirse delante de la percha.

FRIESSHARDT.

Ayer sucedió lo mismo. Nadie quiso pasar. Y una vez que venia en esta direccion un grupo numeroso departiendo animado, cuando más distraidos estaban todos y yo cierto de que con la plática se olvidarian de saludar al sombrero del baillo, hé ahí que suena la campanilla del Viático y se descubren, quedándome con las ganas de coger unos cuantos.

LEUTHOLDO.

A mí se me antoja que haciendo centinela en esto

sitio más parece que nos han puesto á la vergüenza; que al cabo al cabo lo es para hombres de armas llevar pasarse las horas muertas custodiando un sombrero. Créeme, Friesshardt, cuantos pasen habrán de mirarnos con lástima ó desprecio. Mira que obligar á las gentes á saludar un espanta-pájaros es cuanto se puede ocurrir de más extravagante.

FRIESSHARDT.

¿Qué más dá saludar á un sombrero que á una de tantas cabezas vacías como nos encontramos á cada paso?

(HILDEGARDA, ISABEL Y MATILDE, saliendo de la mano con sus hijos y dando una vuelta en torno de la percha.)

LEUTHOLDO.

Tú pensarás lo que quieras de estas cosas; pero yo de mí te aseguro que no causaré mal á ninguno si pasa y no saluda; cerraré los ojos y haré como quien no ve.

MATILDE.

Hijos míos, ese sombrero que veis es del señor baillo; hacidle una reverencia.

ISABEL.

Si se fuera y nos dejara en lugar suyo su sombrero, apenas si advertiriamos la diferencia en el gobierno; que tan mal estaríamos entonces como ahora.

FRIESSHARDT. (Dirigiéndose á las mujeres.)

Fuera todas, y márchense á hilar. Ya que tan bravas pareceis, ¿por qué no decís á vuestros maridos que vengan á repetir vuestras palabras?

(Las mujeres se van. Aparece Guillermo Tell con la ballesta al hombro, trayendo por la mano á su hijo, y pasan los dos sin ver la percha.)

WALTHER. (Señalando en direccion del Bannberg.)

¿Es verdad, padre mio, que los árboles que crecen allí destilan sangre cuando los cortan?

GUILLERMO TELL.

¿Quién te ha dicho eso?

WALTHER.

Un pastor. Y me dijo tambien que cuando álguien les hacía daño, las manos del malhechor salian de la sepultura despues de muerto.

TELL.

Los árboles del Bannberg son sagrados, hijo mio. ¿Ves allá en lontananza unas montañas blancas cuya cima parece sustentar el cielo?

WALTHER.

Sí. Esas montañas son los ventisqueros que resuenan por la noche como el trueno, y de donde se desprenden los taludes.

TELL.

Así es. Y esos taludes hace tiempo que habrian sepultado en la nieve á Alfort, á no ser por el bosque de abetos que lo defiende, y en el cual se detienen y desbaratan.

WALTHER. (Despues de una pausa.)

¡Padre! ¿Hay tierras en el mundo sin montañas?

TELL.

Quando bajamos de nuestras montañas y seguimos el curso de los rios, llegamos á una comarca inmensa y abierta, en la cual los torrentes no llevan espuma, y los rios corren lentos y tranquilos. Allí, por todas partes que se mire, se ve crecer trigo en inmensas llanuras, y está la tierra cultivada como un jardin.

WALTHER.

Y ¿por qué no vamos á ese país, ya que tan hermoso es, en vez de pasar aquí la vida entre los montes?

TELL.

Esa comarca, hijo mio, es deliciosa; pero sus habitantes no disfrutan de la cosecha que siembran.

WALTHER.

¿Acáso no son libres para disponer de lo suyo como tú?

TELL.

No, porque la tierra que cultivan pertenece al Rey ó al Obispo.

WALTHER.

Pero ¿podrán cazar en los bosques?

TELL.

Tampoco, porque toda la caza es del señor.

WALTHER.

Entónces pescarán, al ménos, en los ríos

TELL.

Los ríos, el mar y la sal pertenecen al Rey.

WALTHER.

¿Y quién es el Rey?

TELL.

Un hombre que los protege y mantiene.

WALTHER.

¿No pueden protegerse á sí mismos?

TELL.

En esa tierra el vecino desconfía del vecino.

WALTHER.

Siendo así no viviria contento y feliz en esa comarca, y prefiero los taludes.

TELL.

Tienes razon; que más vale habitar en un ventisquero que no entre malhechores.

(Padre é hijo echan á andar.)

WALTHER.

¿Qué significa ese sombrero puesto ahí?

TELL.

¿Qué nos importa? Ven por aquí; sígueme, Walther.

(Cuando se alejan, Friesshardt les sale al encuentro con su alabarda.)

FRIESSHARDT.

¿En nombre de S. M., alto!

TELL. (Empuñando su lanza.)

¿Qué me quereis? ¿Por qué me cerrais el paso?

FRIESSHARDT.

Porque habeis desobedecido al mandato. Seguidme.

LEUTHOLDO.

¿Cómo no habeis saludado al sombrero del señor baillío!

TELL.

Dejadme pasar, buen hombre.

FRIESSHARDT.

Basta de palabras. ¡A la cárcel!

WALTHER.

¡Mi padre á la cárcel! ¡Favor! ¡socorro! (Ambos corren de una parte á otra.) ¡Aquí, vecinos, dadnos auxilio!

(Los soldados lo sujetan y se lo llevan. El CURA, el SACRISTAN y tres vecinos que acuden.)

EL SACRISTAN.

¿Qué ocurre? ¿Qué pasar

EL CURA. (Dirigiéndose á los soldados.)

¿Por qué prendeis á ese hombre?

FRIESSHARDT.

Es un enemigo de S. M.: un traidor.

TELL. (Tratando de desasirse.)

¡Traidor yo!

EL CURA.

Estás equivocado, amigo. Ese que llevas preso es Guillermo Tell, hombre honrado y buen ciudadano como el que más.

WALTHER. (Viendo á Furst, corre hácia él.)

¡Favor, abuelo, que se llevan á padre!

FRIESSHARDT.

¡Silencio, y vamos á la cárcel!

WALTHER FURST. (Acudiendo presuroso.)

Deteneos, guardias: yo lo fio. Decid, por Dios, ¿qué ha sucedido?

(MELCHTHAL y STAUFFACHER entran en la escena.)

FRIESSHARDT.

Va preso este hombre por haberse negado á reconocer la autoridad del Gobernador.

STAUFFACHER.

Pero ¿es posible que Tell haya delinquido?

MELCHTHAL.

¡Mientes, miserable!

LEUTHÖLD.

Sí, en verdad, pues no ha saludado al sombrero del señor bailío.

WALTHER FURST.

¿Y por eso llevais un hombre á la cárcel?... Tomadme á mí por él, y dejadlo libre.

FRIESSHARDT.

Dejadnos en paz, buen hombre, que nosotros así cumplimos nuestro deber. Vamos, á un lado todos, y á la cárcel con el preso!

MELCHTHAL.

¡Esto es infame, y no debemos consentir que suceda delante de nosotros!

EL SACRISTAN.

Puesto que somos los más fuertes, no debemos consentirlo, sino auxiliarnos unos á otros.

FRIESSHARDT.

¿Quién será osado á emplear la fuerza contra las órdenes del Gobernador?

TRES ALDEANOS (que acuden.)

¡Nosotros, nosotros vamos en vuestro auxilio!  
¿Qué ocurre? ¡Abajo los soldados!

(HIDEGARDA, ISABEL y MATILDE vuelven á la escena.)

TELL.

Yo me basto para todo. ¿Acaso pensais, amigos míos, que si yo quisiera emplear la fuerza, me impondrían respeto sus alabardas?

MELCHTHAL. (A FRIESSHARDT.)

¿Te atreverás á llevártelo estando aquí nosotros?

FURST Y STAUFFACHER.

Teneos, Melchthal.

FRIESSHARDT. (Gritando.)

¡Favor al bailío! ¡Sublevacion!

(Oyéense á lo lejos trompas de caza.)

## LAS MUJERES.

Aquí llega el Gobernador.

FRIESSHARDT. (Gritando más fuerte.

¡Sublevacion! ¡Sublevacion!

STAUFFACHER.

Grita, malvado, hasta que desgañites.

EL CURA Y MELCHTHAL.

¿Quieres callar?

FRIESSHARDT.

¡Favor á los agentes de la autoridad!

WALTER FURST.

¡El gobernador! ¡Pobres de nosotros! ¿Qué va á pasar aquí?

(Aparece GESSLER á caballo con el halcon en la mano luégo RODOLFO DE HARRAS, BERTA, RUDENS y numeroso sequito de pajes armados, que se colocan formando semicírculo en la escena.)

RODOLFO.

¡Paso al gobernador!

GESSLER

¡Dispersadlos! ¿Qué significa esto? ¿Quién pedía favor? ¿Por qué? (Silencio general.) Quiero saberlo (A FRIESSHARDT.) Acércate: ¿quién eres? ¿por qué sujetas á ese hombre?

(Da el halcon á un paje.)

FRIESSHARDT.

Poderoso señor, soy soldado tuyo y estaba de centinela delante del sombrero. Y como este hombre que ves no ha querido saludarlo, cumpliendo la consigna que has dado, lo llevaba preso; pero el pueblo ha querido arrancarlo de mis manos.

GESSLER. (Después de un espacio.)

¿tanto desprecias al Emperador y á mí, su representante, que te niegas á saludar el sombrero que mandé poner ahí con el objeto de probar vuestra obediencia? Presto has delatado tus malos propósitos.

TELL.

Poderoso señor, perdonadme, que sólo he faltado por inadvertencia. Bien sabe Dios que así es la verdad.

GESSLER. (Pensativo.)

Tell: dicen que admira tu pericia en la ballesta, y